

Para el primero, el tiempo parecía caminar con muletas.

Para las segundas, con duplicadas alas.

¡Esta es la humanidad! Lo que unos desean, otros temen.

CAPÍTULO II

Parte Colon al descubrimiento del Nuevo-Mundo.—Motin de los marineros —Oferta de Colon.—Descubrimiento de tierra.—Siguen los descubrimientos de nuevas islas.—Descubrimiento de la isla de Cuba.—Origen de la costumbre de fumar.—Descubrimiento de la isla de Hayti.—Visita del cacique Guacanagari á Colon.—Naufragio.

1492. Era la mañana del viernes 3 de Agosto de Parte Colon al 1492.
descubrimiento del Aun no aparecia en el Oriente la luz de la Nuevo-Mundo. aurora.

Los vecinos de Palos se agolpaban llenos de ansiedad á la orilla del rio de la poblacion, llamado *Barra de Saltes*, donde se hallaban las tres pequeñas carabelas dispuestas á lanzarse en el Océano.

La mayor de aquellas embarcaciones, que era la Santa María, no llegaba á cien toneladas.

Asombra al que hoy cruza el Océano en magníficos va-

pores de tres mil y cuatro mil toneladas, la osadía de aquellos hombres que, en frágiles barquichuelos sin cubierta, sin certeza de que existía el mundo imaginado; sin conocer los imponentes mares á donde se lanzaban, ni la suerte que les esperaba de parte de los habitantes de las ignotas tierras que se proponían descubrir; desafiando los peligros, el clima y las tempestades; sin carta que les señalase los escollos, los bajíos y las corrientes; desatendiendo, en fin, la opinion general de los hombres doctos de la Europa entera, emprendieron un viaje que tenia toda la poética forma y el brillante colorido de una leyenda fantástica, concebida por la fecunda imaginacion de un inspirado poeta.

La empresa era la mas atrevida que registra la historia de los descubrimientos.

Colon, antes de hacerse á la vela, queriendo cumplir como caballero católico, se confesó con Fray Juan Perez de Marchena, recibió la sagrada comunión, y oyó misa con el mas profundo recogimiento. Lo mismo hicieron los hermanos Pinzones, la oficialidad y todos los marineros que formaban la expedición.

El cumplimiento de los deberes religiosos infundía confianza en el alma de aquellos fervientes católicos al acometer las mas árduas empresas, y arrostraban la muerte con serenidad cuando juzgaban que de sus actos resultaba un servicio á la propagación de la fé.

Todo lo que pertenecía y se rozaba con aquella atrevida y noble expedición, estaba impregnado de la idea religiosa y llevaba el sello del sentimiento católico.

La idea del descubrimiento de un nuevo mundo habia

sido concebida en medio de las expediciones marítimas de los portugueses, para extender la doctrina del Crucificado, por uno de los hombres mas fervientes del catolicismo. Un humilde religioso, lleno de santo celo por el crecimiento de la religion, el modesto guardian de la Rábida, influyó poderosamente en que la idea fuese aceptada por los Reyes Católicos: el sentimiento católico de Colon llevado hasta el grado de creer que Dios le habia elegido como instrumento de la extensión del catolicismo, le revistió de aquella admirable constancia, sin igual acaso en la historia; y una reina católica, sin mas ambición que la de llevar el bien á pueblos ignorados, sumidos en el error, empeña las alhajas de su corona para dar cima á la gloriosa empresa.

Pensamiento, plan, elementos, actores, todo era católico.

El descubrimiento de la América, es enteramente una gloria que le pertenece al catolicismo.

Las tres carabelas se hallaban abastecidas de víveres suficientes para un año.

Número de gente que componia la expedición. La expedición se componia de ciento veinte personas entre oficiales, empleados, criados y marineros, ascendiendo estos últimos al número de noventa.

En la popa de la *Santa Maria* flotaba la bandera de Castilla, indicando que allí marchaba el jefe de la expedición. La *Pinta*, barco á cuyos propietarios Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, se les obligó, por real orden, á facilitar el buque y formar parte de los expedicionarios, lo mandaba Martin Alonso Pinzon, acompañándole, en calidad de piloto, su hermano Francisco Martin; y la *Niña*, que

tenia velas latinas, iba á cargo de Vicente Yañez Pinzon, hermano tambien de ellos. Además de estos expertos marinos, iban tres pilotos llamados Bartolomé Roldan, Pedro Alonso Niño y Sancho Ruiz. De inspector general de la armada marchaba D. Rodrigo Sanchez de Segovia; de escribano real, D. Rodrigo de Escobar; y de alguacil mayor, D. Diego de Arana. Con objeto de atender en sus enfermedades á la tripulacion, iban un médico y un cirujano, y se llevaban todas las medicinas necesarias.

La hora de partir llegó. Los tres bajeles levaron anclas en medio de la angustia de las familias que quedaban en el puerto, y empezaron á moverse sobre las tranquilas aguas de la Barra de Saltes, momentos antes de la salida del sol.

Los marineros, no menos conmovidos que los seres amados que dejaban en tierra, tenian fija la vista en los grupos que empezaban á dejar de distinguir á medida que los barcos se alejaban del puerto.

Unos y otros creian ser aquella la última vez que se veian.

Los objetos fueron disminuyéndose á proporción que las carabelas avanzaban sobre el ancho mar, hasta que desaparecieron por completo, no quedando ante los ojos mas que la inmensa y oscilante llanura de las aguas.

Las lágrimas del sentimiento se asomaron á los ojos de los que quedaban y de los que partian. Estos enviaron un adios á la patria y á los deudos que dejaban: aquellos á los hombres que no esperaban volver á ver jamás.

Colon, lleno de fé en la sublime obra que habia emprendido, y confiando en la proteccion de Dios para dar

cima al pensamiento grandioso que por espacio de diez y ocho años habia ocupado su mente, tomó rumbo con direccion á las islas Canarias, para navegar desde allí, en línea recta, hacia el Occidente. Un viento bonancible hinchaba las velas de las ligeras carabelas que cortaban rápidamente las ondas; pero al tercer dia la *Pinta* perdió el timon, á causa de un golpe de mar, y pidió socorro, por medio de señales. Aquel fué un contratiempo que alarmó en extremo á Colon, el cual temia que, mientras se encontrasen cerca de la costa, se amotinase la marinería, exigiendo volver á tierra.

El incidente ocurrido con la *Pinta* le hizo creer que habia llegado aquel momento. Los propietarios de ella, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, se habian visto obligados, como queda dicho, á marchar en la expedicion, y receló que se hubiesen valido de cualquier pretexto para volver á España. Pero no era así. La *Pinta* vió roto su timon accidentalmente. Por fortuna mandaba en ella el experimentado marino Pinzon, y á pesar de la fuerza del viento y de las olas, consiguió asegurar el timon, por medio de sólidas cuerdas, poniendo al barco en estado de navegar, aunque lentamente. Despues de ocho dias de haber salido de Palos, llegaron á las Canarias el 11 de Agosto, donde permanecieron por espacio de dos semanas ocupados en hacer un nuevo timon para la *Pinta*. Vencida la dificultad, y cambiada la forma de las velas de la *Niña*, se continuó el viaje con favorable tiempo hacia la Gomera.

Nuevos temores volvieron á inquietar el ánimo de Colon al hallarse en esta isla. Por un barco llegado de Ferro, última de las islas Canarias, supo que una escuadrilla por-

tuguesa cruzaba por aquel rumbo. Colon temió que anduviese con objeto de capturarlo por orden del rey de Portugal para impedir el viaje de descubrimientos en pro de los monarcas españoles, y se apresuró á hacerse á la vela despues de proveerse de agua y de víveres frescos. En la madrugada del dia 6 de Setiembre dejó, á favor de un benigno viento, la Gomera, y al separarse de aquellas islas fronterizas del Viejo Continente, que la tripulacion dejaba con sentimiento y tristeza, entró en la senda desconocida, trazada en su imaginacion, y tomando el rumbo del Occidente por las ignotas ondas del Atlántico, marchó, poniendo su confianza en Dios, en busca del maravilloso mundo que la observacion y el estudio le habian presentado en la parte del globo á donde se dirigia. El 9 del mismo mes, por la mañana, vieron la isla de Ferro, última, como he dicho, de las Canarias, y considerada hasta entonces como el límite de la tierra. Un viento bonancible llenó las velas de las embarcaciones en aquellos momentos, y pocas horas despues desaparecieron de la vista de los navegantes los puntos mas elevados, no percibiendo, por donde quiera que la vista dirigian, mas que agua y soledad en derredor.

Una profunda tristeza se apoderó de la tripulación cuando se ocultó, por completo, á sus ojos, el término del mundo conocido. Dejaban detrás de las ondas que cruzaban, la familia, los amigos, la patria, cuanto de santo tiene el hombre sobre la tierra. Delante no veian mas que la duda, el caos, mares interminables, el abandono, los trabajos y la muerte. Dejaban los goces conocidos del hogar doméstico, por la inquietud producida por el so-

bresalto y la duda. Colon trató de separar la imaginacion de los abatidos marineros, de las ideas lúgubres que se habian apoderado de ellos, presentándoles en lontananza las miríficas regiones que les habia ofrecido, y en las cuales encontrarían el oro, la plata y las perlas en admirable abundancia, para volver ricos á su patria y hacer felices á sus familias.

Para Colon era una cosa indubitable que existian en la region á donde se dirigian los maravillosos bienes que referia, y sus ofrecimientos, por lo mismo, eran sinceros y francos.

Variacion
de la
aguja de
marear.

Llevaba la expedicion cuatro dias de haber dejado atrás la isla de Ferro, límite del Antiguo Mundo, cuando observó Colon un fenómeno hasta entonces desconocido para los navegantes. Era la noche del 13 de Setiembre y se hallaban á doscientas leguas de la isla referida. La aguja de marear, en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba cerca de seis grados al Noroeste, aumentando aun mas la inclinacion á la mañana siguiente. Nunca habia visto aquellos cambios de la aguja en sus viajes por otros mares, y esto llamó fuertemente su atencion, y procuró descubrir la causa de aquel fenómeno, aunque cuidándose de ocultar á la tripulacion lo que pasaba, conociendo que la menor cosa la alarmaria. Pero el fenómeno fué observado por Pinzon y los demás entendidos marinos, y aunque hombres de valor y de ánimo resuelto, se alarmaron. Todo parecia concurrir para poner á prueba la constancia y el ingenio de Colon y crear dificultades á la realizacion de su pensamiento. Hasta la naturaleza parecia regida por distintas

leyes, y que la aguja perdía su virtud á proporcion que las carabelas avanzaban hácia el punto prometido. Ella era la guía única que podía indicarles el camino que debían seguir en medio de los anchos mares; y temían que perdiese por completo su virtud, porque entonces la vuelta se haría imposible, y no les quedaba otro porvenir que el de perecer en medio del Océano. Colon, buscando inmediatamente en su fecunda imaginacion las causas que pudiesen influir en las variaciones de la aguja, expuso con acento de seguridad las razones que existían para que no señalase directamente á la estrella del Norte, y merced al elevado concepto que de su saber se habían formado los Pinzones y demás pilotos, sus explicaciones fueron admitidas sin titubear, como convincentes y seguras.

El tiempo seguía favorable; y henchidas las velas de viento bonancible, empujaban los ligeros bajeles que se deslizaban con rapidez maravillosa sobre un mar tranquilo y sereno. Muy distantes se encontraban los atrevidos navegantes de los límites de la tierra conocida, y muy adelantados en su navegacion; pero todos creían que la distancia era menor que la que habían recorrido. Colon había indicado á los pilotos, al perder de vista la última isla de las Canarias, que á la distancia de setecientas leguas esperaba, sin duda alguna, encontrar tierra; pero á fin de que nadie se alarmase en el caso de que fallase su cálculo, suprimía diariamente algunas leguas, siendo él solo el que sabía la distancia exacta á que se hallaban.

La vista de grandes balsas de yerbas que flotaban sobre las aguas marchando del Occidente, y la de algunos pájaros de plumaje blanco, que se mecían blandamente en los

aires, volando al rededor de las carabelas, llenó de regocijo á la tripulacion entera, que ya no dudó que se iba á realizar el descubrimiento de un nuevo mundo. Pero los dias se sucedían unos á otros, y la anhelada y esperada tierra no se descubría. El temor volvió á ocupar el lugar de la esperanza concebida por un momento: el desaliento se apoderó de los marineros, y la murmuracion contra aquella empresa y el hombre que la había concebido, empezó á dejarse escuchar en diversos corrillos formados por la gente descontenta. Colon comprendía bien el disgusto que reinaba en la tripulacion, y procuraba con sus palabras y promesas reanimarla, asegurándola el buen éxito de la expedicion. Pero nada bastaba á calmar la inquietud de los rudos marineros. Ciertamente que á dar señales de que existía la tierra prometida, se presentaban de vez en cuando algunas aves; pero es también cierto que, á pesar de aquellos marcados indicios, no encontraban mas que llanuras interminables de agua, que se sucedían unas á otras y que parecían no tener fin. A medida que se alejaban mas y mas del mundo conocido, se aumentaba la murmuracion que presagiaba un tumulto. El viento, que desde que emprendieron la navegacion había sido favorable, soplando constantemente por la popa, no fué el motivo que menos alarmó á los recelosos, pues decían que, reinando de aquella manera, haría imposible la vuelta á la patria. Los que hacían cabeza en el motin manifestaban que, puesto que aun era tiempo de retroceder, pues había provision de víveres, retrocediesen, dejando de correr tras las regiones imaginarias de un hombre preocupado con una idea calificada de quimérica por individuos

Motin
contra Colon.